

esa corona va unida, desde hoy, señores, os declaro mi firme resolución de seguir el ejemplo del Emperador, mi hermano, abriendo á vuestro país, por medio de un régimen constitucional, la ancha vía del progreso basada en el orden y en la moral, y de sellar con mi juramento, luego que aquel vasto territorio esté pacificado, el pacto fundamental con la nación. Así, y solo así, es como podría inaugurarse allí una política nueva y verdaderamente nacional, dentro de la cual los diversos partidos, olvidando antiguos resentimientos, trabajarían de consuno en dar á México el rango eminente á que está destinado entre los pueblos, bajo un gobierno que tendría por primer principio el hacer prevalecer la equidad en el ejercicio de la justicia.

Tened, pues, señores, la bondad de dar cuenta á vuestros conciudadanos de la determinación que yo acabo de participaros con toda franqueza, y de procurar que se tomen las disposiciones necesarias para consultar al pueblo mexicano sobre el gobierno que se quiere dar á sí propio.



EJERCITO IMPERIAL

MEXICANO.

DIVISION MARQUEZ.



CUARTEL GENERAL EN MORELIA.

DICIEMBRE 20 DE 1863.

EXMO. SR.

Segun tuve la honra de anunciar á V. E. en mi comunicación de 17 del corriente, el enemigo se dirigió por fin sobre esta plaza, con el vehemente deseo de tomarla á todo trance, por medio de un ataque tan rápido como vigoroso.

Efectivamente, en las primeras horas de la mañana de ese día, emprendió su marcha de aproximación, siguiendo con el grueso de sus tropas y sus trenes los caminos que, de Pátzcuaro y Sta. María, conducen á la ciudad de Morelia.

La fuerza numérica del enemigo se elevaba á 12 ó 13,000 hombres, dotada con un buen material de artillería rayada, de batalla y de montaña, que hacia el número de 36 bocas de fuego. El mando en jefe era á cargo de D. José López Uraga, quien traía bajo sus órdenes á los cabecillas Tápia, Berriozábal, Echeagaray, Caamaño, Miranda, O'Horan, Padréz, Iglesias, Régules, Elisondo y otros que figuran en una escala secundaria.

Una vez á la vista de la plaza las tropas del enemigo que aparecieron por los caminos de Sta. María y de Páztcuaro, al Sur y al Oeste, se destacaron sobre su derecha y sobre su izquierda en fracciones considerables de las tres armas, siguiendo las direcciones convenientes para situarse en los otros dos puntos cardinales y establecer el cordón de circunvalación. Algunas marchas de flanco, ejecutadas, como era natural, fuera del alcance de nuestra artillería, bastaron al enemigo para colocarse en la posición que deseaba. En todas ellas hizo alarde de su fuerza y de su material de guerra: al llegar la cabeza de las columnas á la altura de las garitas de Sta. Catarina, Chicácuaro y el Molino, establecieron desde luego tres medias baterías, que enfilaron las calles principales de la ciudad con sus fuegos que, cruzándose á causa del alcance prodigioso de las piezas rayadas y de la naturaleza topográfica de las inmediaciones de esta plaza, venían á ser á la vez fijantes y de revés.

La ciudad de Morelia, población capital del Departamento de Michoacán, se encuentra situada como este, hacia á la parte occidental de la gran cordillera, y tiene más de 22,000 habitantes; pero su posición no es la más conveniente para la defensa, mientras que sí se presta de una manera ventajosa para el ataque. La población está formada en la mesa de una estensa loma, la cual se halla circunvalada por una cordillera de alturas poco pendientes en lo general; pero que en algunos puntos dominan la plaza á tiro de cañón rayado. Las grandes calles de la ciudad están perfectamente orientadas, correspondiendo los extremos de las dos que se cruzan como principales, á las direcciones de las cuatro garitas que se conocen con los nombres del Zapote, Sta. Catarina, Chicácuaro y el Molino, garitas que, por el orden en que acaban de citarse, quedan la primera al Este, la segunda al Sur, la tercera al Oeste y la cuarta al Norte.

Marchando por las grandes avenidas de la plaza, ó por cualquiera de las que le son paralelas, las pendientes se encuentran poco sensibles; pero presentan notables ondulaciones, que permiten llegar impunemente hasta muy cortas distancias del centro; lo cual es tanto

más fácil de practicar, cuanto que las calles no están todas tiradas á cordel, ni formadas en los suburbios de la ciudad por sólidos edificios como los del centro, sino por casas débiles de muy ligera construcción. Al Norte y al Sur de Morelia corren dos ríos, que se distinguen con los nombres de grande y chico; y por el Oeste se encuentra un pequeño canal; pero todos estos obstáculos son enteramente inútiles para la defensa interior de la plaza.

El conocimiento topográfico de la ciudad, y las vehementes presunciones que tuve desde que arribé á ella, acerca del plan y movimientos estratégicos del enemigo, me hicieron ocuparme preferentemente de todo lo relativo á la defensa de la plaza. Comprendí desde entonces que una vez separadas las tropas francesas de las mejicanas, y colocadas ambas á una distancia que impidiera su pronta reunión, el enemigo concentraría y cargaría sobre las segundas, todas las fuerzas de que pudiera disponer. Desbaratada una de las alas del ejército del interior, quedaba aquel en aptitud de marchar sobre Toluca y llegar hasta las puertas de la Capital del Imperio: á la vez desprendería las tropas suficientes para caer sobre la línea de operaciones que pasa por Celaya y Querétaro, resultando de esta manera á la retaguardia del ejército francés, con la pretensión de hacerle ejecutar movimientos retrógrados y lograr que desvirtuara su plan de operaciones; á la vez que retardar la ocupación de los Departamentos á donde se dirigían las tropas franco-mejicanas.

Para neutralizar estos designios era preciso levantar urgentemente una fortificación, que pusiera á las tropas de mi mando en situación de resistir el ataque del enemigo.

El Sr. comandante general de Ingenieros, general D. Mariano Reyes, me presentó el proyecto respectivo, el cual aprobé después de examinarlo por mí mismo: sin perder ni un día se dió principio á los trabajos que demandaba su ejecución; pero éstos no tuvieron sin embargo, todo el éxito y desarrollo que era de desearse; á la celeridad que exigían los movimientos de concentración

del enemigo: se oponían dificultades invencibles, tales como la falta absoluta de recursos, de materiales y de herramientas; dificultades que, si bien se suplieron en parte con los talentos y dedicación de la sección de Ingenieros, así como con los de la especial de E. Mayor y de mis ayudantes de campo que dediqué también a la realización de tan importante fin, no bastaron sin embargo, para terminar oportunamente los trabajos, ni aun para haberlos adelantado suficientemente. Las baterías del enemigo jugaban ya sobre esta plaza, y el perímetro fortificado apenas tenía uno que otro parapeto á medio concluir, una parte de los fosos abierta y toda la línea cerrada por las obras de madera, que debían ser mas tarde los revestimientos interiores de nuestra fortificación.

El plano adjunto bajo el núm. 11 indica el estado preciso que guardaban los trabajos el día 17 del corriente, en los momentos en que el enemigo comenzó á lanzar sus proyectiles rayados sobre Morelia. (1.)

El perímetro de la fortificación formado por cuarenta y cuatro parapetos y dos tambores, lo puse al mando del Sr. general D. Carlos Oronoz, dándole por segundo, al graduado de la misma clase, coronel D. Luis Tápia. Aquel fué dividido en cuatro líneas de esta manera: la 1.^a del tambor de los arcos al parapeto núm. 12; la 2.^a del 13 al 26; la 3.^a del 27 al 34, y la 4.^a del 35 al 46: el mando particular de éstas, lo encomendé por su órden numérico, á los señores coroneles D. José Cástulo Yañez y D. Gerónimo Casarrubias, y á los tenientes coroneles D. Fructuoso García y D. Sabás Fernandez. Al tercer Batallón de línea, subdividido en pequeñísimas fracciones, lo destiné á cubrir la guarnición de cada uno de los 46 puntos fortificados de la línea de defensa; permaneciendo de reserva los batallones 1.^o, 2.^o y 4.^o de infantería de línea: cada uno de estos cuerpos fué dividido en dos columnas, á las órdenes de sus gefes respectivos, situándose en los puntos siguientes: la primera que era del 4.^o de infantería en la plaza de

(1) Las dificultades que se presentaron para litografiar este plano, hicieron preciso que se suprimiera en la presente edición.

San Francisco y la segunda en la de San Agustín; aquella servía de reserva especial á la primera línea y esta á la segunda; la primera columna del 2.^o batallón en San José, y la segunda del mismo cuerpo en el Colegio de las Rosas, sirviendo ambas de reservas á la tercera y cuarta líneas.

La compañía de Zapadores cubría el punto del Convento de Capuchinas, y era á la vez el sosten de los parapetos que cierran la plazuela inmediata, así como de las alturas del mismo Convento.

La caballería dispuse que quedara en sus cuarteles con brida en mano, á fin de obrar cuando llegase la oportunidad de que entrara en acción, pero la necesidad de aumentar los medios de defensa proporcionando fuegos de flanco á los puntos fortificados, me obligó á repartirla en las alturas inmediatas de los principales parapetos.

La artillería, al mando de su comandante general el Sr. coronel D. Manuel R. de Arellano, fue puesta en batería en estos términos: dos piezas de batalla en el tambor de los arcos, enfilando una, la garita del Zapote y otra la calle que forma el acueducto: en los parapetos números 22, 27 y 35 que enfilan las garitas de Santa Catarina, Chicácuaro y el Molino, se establecieron igualmente dos piezas de batalla en cada uno de ellos; las bocas de fuego restantes habían quedado de reserva en el cuartel general; pero la debilidad de nuestra fortificación, y los movimientos preparatorios del enemigo, hicieron indispensable poner en batería una pieza en cada parapeto de los marcados con los números 25, 34, 39 y 45, y en la altura de San José, sin que por esto quedara todavía suficientemente artillada la línea de defensa, á la vez que las reservas fueron privadas desde luego de este poderoso auxiliar.

Las dos columnas del 1.^o de infantería de línea quedaron de reserva en el cuartel general, que establecí en la plaza de Armas. Por último, á los Sres. generales Zires y Gutierrez, en gefes de las brigadas de sus nombres, les confié la parte del perímetro fortificado, cuya defensa debían hacer las tropas de su mando.

Ta era el estado en que se encontraba esta plaza cuando se dirigió sobre ella el enemigo, ostentando la superioridad de su fuerza numérica, y la abundancia y buena calidad de su material de guerra.

Establecidas las baterías del enemigo en las direcciones que mencioné arriba, y habiendo roto sus fuegos sobre nuestra línea, continuó aquel y terminó hácia el medio día la circunvalacion de la plaza. Como á las diez y media de la mañana se desprendió del grueso de las tropas enemigas una fuerte columna de mas de 2,000 hombres, amagando á la plaza por el rumbo del Oeste: dos proyectiles lanzados desde el parapeto número 27, que enfila la garita de Chicácuaro, fueron suficientes para detenerla y hacerla contramarchar. A escepcion de esta vez, los soldados de mi division permanecieron tranquilos todo aquel día, sin disparar un solo tiro, observando los movimientos del enemigo, y manifestándose impacientes por que llegara el momento de medir sus armas con las de unas tropas tan superiores en número, como inferiores en arrojo, en moral y en disciplina.

Eran las altas horas de la noche cuando el enemigo, aprovechando la oscuridad y favorecido por las ondulaciones del terreno, se habia aproximado ya al perímetro fortificado en todas direcciones; pero muy particularmente hácia á las partes meridional y septentrional de la plaza, en cuyo sentido calculó, y con razon, que la corta latitud del perímetro de la fortificacion, le permitiria llegar con suma rapidez hasta el mismo centro.

A las doce de la noche las fuerzas invasoras rompieron un fuego lento de fusilería, por algunos puntos, el cual cesó prontamente.

Entre tanto yo visitaba sin cesar la línea de defensa: en toda ella se trabajaba con entusiasmo y sin tregua; las tierras de los fosos se hacinaban sobre los traveses de madera, para nulificar el estrago que de otra manera debian causar los proyectiles del enemigo; aquí se abrian cañoneras, allí aspilleras, de este lado se aglomeraban los obstáculos que era posible oponer al asalto, y del otro se fortificaban las alturas ó se improvisaban esplanadas, para facilitar el fuego de la artillería.

A la una y media de la mañana me participó el Sr. general D. Agustin Zires: que una fuerza considerable del enemigo habia ocupado la plazuela de S. Juan y la calle de la Misericordia, á la vez que los indicios hacian presumir que estos puntos de nuestra línea, serian indudablemente de los que tendrian que resistir los mas vigorosos ataques.

La plazuela de S. Juan está situada al Nor-Este de la plaza y se encuentra muy inmediata á la línea de defensa.

En el acto me dirijí al punto amenazado, en union del Sr. general Zires, dando sobre la marcha la órden respectiva, para que con suma rapidez, se trasladase del cuartel general á la plaza de S. José, una de las columnas de reserva del 1.º de infantería; al Sr. comandante general de artillería, le previne, que pusiese inmediatamente en batería en el parapeto número 45 una pieza de batalla, de la seccion única que todavia quedaba en el cuartel general, con el objeto de batir á su tiempo la calle mencionada; dí órden al Sr. general D. Ignacio Gutierrez, de visitar la línea, á fin de dictar las providencias convenientes, y mandé avisar al Sr. general Oronoz, que se preparase á rechazar el vigoroso ataque, que muy pronto debia emprender el enemigo, segun anunciaban todos sus movimientos.

Una vez que hube llegado al parapeto número 44, hice el reconocimiento conveniente, y palpé, por decirlo así, la esactitud del parte que me habia dado el Sr. general Zires. La situacion era gravísima y los momentos tanto mas preciosos, cuanto que la mañana estaba muy avanzada: en consecuencia, dispuse que el gefe de la línea, teniente coronel D. Sabás Fernandez, hiciera abrir rápidamente, en las paredes de la Plaza de toros, todas las aspilleras que fuesen posibles, hácia la parte que vé á la plazuela de S. Juan; al Sr. comandante general de artillería coronel D. Manuel R. Arellano, le ordené que mandase destechar una parte de la misma plaza, y que se improvisase una escala con las bancas que allí habia, á fin de establecer una comunicacion fácil y violenta con la altura superior del edificio. Por último, mandé que la escasa guarnicion de la referida

plaza de toros, fuera reforzada con 50 hombres de la columna de reserva del 2.º Batallón de línea, que estaba situado en S. José.

A la sazón comenzó un fuego de fusilería por los parapetos del Norte inmediatos al Carmen, rumbo que, á no dudarlo, era también uno de los que sufrirían los más bruscos ataques, á juzgar por los movimientos del enemigo, que desde la mañana del 17 había ocupado con un grueso respetable de sus tropas, el comarcano pueblecillo de Santiaguito. Inmediatamente me trasladé al lugar por donde se oía el fuego de fusilería, dejando encargado al Sr. general Zires del cuidado de la parte de la línea de defensa comprendida entre el Carmen y San Juan. A la vez di orden al Sr. comandante general de artillería de poner en batería en el parapeto número 34 la última pieza que quedaba en la reserva, lo cual efectuó con toda la eficacia de que me dió pruebas en aquella difícil situación.

El fuego de fusilería cesó pronto por el rumbo del Carmen; los trabajos emprendidos en la plaza de toros se terminaron oportunamente por los obreros de maestranza, bajo la dirección del teniente coronel de artillería D. Ignacio de la Peza, á quien los encomendó el comandante general del arma; y las pocas piezas que quedaban en la reserva fueron puestas en batería en los parapetos que se necesitaban urgentemente.

Acababa de practicarse todo esto cuando el enemigo disparó tres cañonazos, á las cinco de la mañana: fácil era presumir que el ataque iba á comenzar en el acto ó antes de mucho tiempo. Entonces me dirigí del Carmen á la plaza de Armas, designada como cuartel general, á fin de esperar el ataque que tenía yo la certidumbre de que muy brevemente debía comenzar.

Así fué; á las seis, cuando los primeros albos de la mañana no permitían todavía distinguir claramente los objetos, el enemigo tomó la iniciativa lanzando sus columnas al asalto por una multitud de los puntos que forman la línea del Sur y por algunos de la del Norte.

El ataque era precisamente por todos los lugares en que no había artillería. El fuego, así de los asaltantes co-

mo de mis tropas, se nutrió con desusada rapidez en todos los puntos del combate; pero muy particularmente en el parapeto número 20 de la línea del Sur, situado en la calle del Prendimiento. Allí, como en todos los demás del ataque, á las columnas del enemigo establecidas de antemano á muy corta distancia, solo les faltaba que recorrer un breve espacio del terreno para llegar á la contra escarpa del foso; pero en ninguna parte fué más violento y terrible el empuje de los asaltantes.

En el mismo instante en que se rompió el fuego me dirigí al citado parapeto acompañado por el comandante general de artillería, coronel D. Manuel R. Arellano: sobre la marcha di orden de que acudiesen á reforzar aquel punto 25 hombres de la reserva del 4.º Batallón. A mi llegada encontré allí al denodado comandante de escuadrón D. Cirilo Vázquez, mi ayudante de campo y comandante del punto, quien se batía heroicamente, circunstancia que hizo vacilar y detenerse al enemigo, que atacó con un arrojo y un esfuerzo verdaderamente desesperados. Sin embargo, la columna detenida casi á las inmediaciones del parapeto, pero no rechazada ni desorganizada, sostenía un fuego nutridísimo sin pensar en desistir del asalto. Entonces previne al Sr. comandante general de artillería que hiciese trasladar á aquel punto un obús de á 24 de las dos piezas que estaban en el parapeto de la calle de Santa Catarina, colateral con el que se encontraba tan seriamente amagado. Personalmente pasé á ver ejecutar esta orden, y me encontré al Sr. coronel D. Gerónimo Casarubias, jefe de la 2.ª línea, resistiendo también en este parapeto el fuerte empuje del enemigo. Los fuegos de la infantería, así como los de la caballería del 4 y de exploradores que sostenían las alturas de izquierda y derecha, y sobre todo, el de una pieza de á 8 que mandaba el teniente de artillería D. Ramon Santillan, hicieron retroceder bien pronto á los asaltantes.

Entonces volví acompañado del Sr. coronel Casarubias, al parapeto número 20 de la calle del Prendimiento, á donde este jefe fué herido de la cara por un casco de granada. En consecuencia le insté para que se reti-

rara; pero lleno de entusiasmo se rehusó hacerlo así, y continuó batiéndose heroicamente.

El Sr. general graduado coronel del 4.º batallón de línea D. Apolonio Montenegro que estaba á la cabeza de las reservas de su cuerpo en la plaza de San Agustín, también fué herido en los primeros momentos del asalto.

La situación era crítica en el parapeto número 20 y á fin de no demorar la traslación de la pieza, mandé que unos dragones del 4 ayudasen á los artilleros á conducirla á brazo, para evitar la tardanza que debia ocasionar la operación de enganchar el tiro. El Sr. comandante general de artillería, coronel D. Manuel R. Arellano, puso en batería la situada pieza en el parapeto de la calle del Prendimiento, y rompió personalmente el fuego sobre la columna enemiga, que ya cercana á la contra escarpa del foso, se desorganizó y retrocedió al sufrir los inesperados estragos de la metralla, que se le disparó con suma celeridad.

A la vez que se hacia esta heroica defensa en el parapeto de la calle del Prendimiento, donde la tenacidad y notable arrojo del enemigo no pudo sobrepujar á la serenidad y valor de los soldados del Imperio, el fuego se generalizó de una manera asombrosa por uno de los salientes de la línea del Norte, que se apoyaba en el colegio de las Rosas.

Este incidente me obligó á trasladarme al punto nuevamente amenazado, despues de haber dictado mis disposiciones para la mejor defensa del parapeto de la calle del Prendimiento y de haber dado las instrucciones convenientes al Sr. coronel D. Gerónimo Casarrubias.

Me dirigía al colegio de las Rosas y llegaba al ángulo que forman el portal de Allende y la calle de Mira al llano, cuando me hizo notar mi secretario de campaña D. Agustín Piquero, que el enemigo habia roto el perímetro de la fortificación por el parapeto número 31 contiguo al colegio de las Rosas, y opuesto sobre una línea recta al de la calle del Prendimiento. Efectivamente, los asaltantes, despues de recorrer las calles que desde aquel parapeto conducen á la plaza de armas, penetraban en

ella y se estendian ya á izquierda y derecha por el portal de Hidalgo y la calle de San Nicolás.

Referiré la manera con que el enemigo habia efectuado el asalto por el parapeto de que me ocupo.

La fuerte columna de ataque lanzada sobre la plaza por este punto, logró situarse impunemente á muy corta distancia del perímetro fortificado, á causa de los accidentes del terreno; y una vez colocada á la inmediación de la línea de defensa, penetró en ésta, haciendo esfuerzos supremos para lograrlo. Un subalterno y siete hombres que defendian el parapeto, tuvieron que resistir el terrible choque de una masa tan numerosa; pero siendo físicamente imposible detener al enemigo, sucumbieron, despues de haber hecho heroicos esfuerzos para mantenerse en el punto confiado á su valor. Alentado el enemigo por este pasajero triunfo, ocupó el colegio contiguo de las Rosas, y siguió su marcha hasta penetrar en la plaza de Armas, segun he dicho arriba.

Entonces fué cuando llegando yo por el otro extremo de la plaza, en la misma dirección por donde aparecieron en ella los asaltantes, me dirigí violentamente por las calles del Comercio, Santa María y la Merced, al parapeto número 27 que está levantado en la calle del Ancón, donde el Sr. coronel del 1.º de Línea D. Juan Torres, estaba rechazando al enemigo, que una vez en la plaza, volvió sobre su derecha y batía por la espalda el mencionado parapeto. En éste tomé una reserva de 20 hombres del mismo 1.º de Línea, y la conduje atacando al enemigo por las calles de la Merced, del Tesoro y de San Nicolás, obligándolo á replegarse hasta la que desemboca á la plaza de Armas por donde habia penetrado á ésta.

Una parte de sus fuerzas quedó cortada entonces por haber ocupado el portal de Matamoros, á donde la detuvo y batió el comandante de escuadron D. Bartolomé Ballesteros, con unos cuantos hombres de la misma reserva que me acompañaba, y la otra, se retiró disputando el terreno á mis valientes, hasta llegar al parapeto por donde habia roto la línea de defensa. Allí se detuvo nuevamente, sosteniéndose por el espacio de tres